ROMPER CADENAS DE ODIO, TEJER REDES DE APOYO:

LOS Y LAS JÓVENES ANTE LOS DISCURSOS DE ODIO EN LA RED

Conclusiones Generales

A pesar de que en los últimos dos o tres años se han multiplicado exponencialmente las referencias bibliográficas que abordan el tema de los discursos de odio en la red, de la mano de una creciente presencia mediática y una alarma social en aumento, lo cierto es que aún se puede considerar que la investigación al respecto es escasa. Todavía hay bastante trabajo por hacer, tanto cuantitativo como cualitativo, para abordar las múltiples aristas de un asunto que cuenta con la dificultad añadida de tener lugar en un contexto online en constante transformación, en el que los referentes, los hábitos, las expectativas o las propias plataformas y aplicaciones que definen el presente, puede que no valgan mañana, o no de la misma manera. Necesidad de investigación que no sólo defina, contabilice y monitorice el fenómeno, sino que también se acerque a grupos poblacionales concretos, más o menos vulnerables, más o menos expuestos, más o menos protagonistas: víctimas de discursos de odio; quienes generan esos discursos (tremendamente complejo y atractivo reto el de intentar acercarse a estas personas); usuarios y usuarias de internet que conviven con esa carga de odio; docentes, educadores/as, asociaciones, etc. En este sentido, los y las jóvenes resultan un sector especialmente relevante, por su habitual uso de redes sociales, porque contribuyen esencialmente a dotar de significados a las interacciones mediadas por la tecnología, y porque se encuentran en un momento vital en el que la educación en valores, la reflexión y el pensamiento crítico, pueden contribuir a cambiar las cosas; o algunas cosas. En el imaginario colectivo, es común que el acercamiento a los discursos de odio se mezcle con el universo de los delitos online, los riesgos que se asocian a determinados usos de las redes sociales, o con el ruido mediático generado en torno a juicios que alimentan debates sobre la libertad de expresión, los límites del humor o el derecho a la intimidad. Todo ello provoca un clima de confusión general, y la investigación puede y debe ayudar a categorizar y aclarar ideas. Más aún por cuanto nos encontramos ante un tema que, por ser relativamente novedoso, y por las características del contexto en el que tiene lugar, tiende a la indefinición y la maleabilidad de sus límites. De igual forma que se entiende que internet es un campo sin puertas, no resulta sencillo acotar los discursos de odio, que varían en formato, forma, fondo, intencionalidad... Como se observa en el rastreo llevado a cabo (web scraping), el odio se presenta bajo muy diversos significantes, con muy diferentes connotaciones. Por no hablar de que introduce el elemento de las emociones, de difícil manejo, significación e interpretación. Partiendo de la definición oficial del objeto de los discursos de odio-1-, conviene señalar que la complejidad del acercamiento tiene que ver, en parte, con la polisemia que propicia el contexto, y la reapropiación de términos, tanto para despojar de carga de odio a palabras que en algunas circunstancias podrían tenerla ("gordo/a"), como para encontrar nuevos resquicios de odio a partir de términos aparentemente neutros ("obesidad"). A ello hay que añadir la incorporación periódica de nuevas categorías a tener en cuenta, como pueden ser la discriminación por razón de enfermedad y la discriminación generacional, por citar algunas de las señaladas por el Ministerio del Interior en los últimos dos años. En definitiva, que a la confusión general que aún se instala en el imaginario general, hay que añadir la necesidad de una revisión periódica de la propia definición, o de los límites de actuación. No cabe duda de las dificultades a la hora

de regular y controlar los discursos de odio, y del trabajo por hacer que queda en ese sentido. Por un lado, partiendo de la complejidad de combinar la presencia institucional a muy diversos niveles (europeo, estatal, autonómico...), con la pretensión de regular la universalidad, pero sin dejar de lado las particularidades locales y culturales, tan importantes en el tema que nos ocupa. Por otro lado, atendiendo a lo complicado de monitorizar y controlar la comunicación online, no sólo por la diversidad de elementos que la componen, sino también por la existencia de patrones de odio no textuales (que sólo pueden ser reconocidos e interpretados por personas que analicen mensajes concretos), y por su mezcla con juicios morales, de valor y estéticos, que generan con facilidad mucho contenido en el filo de la libertad de expresión. Tales dificultades alimentan en buena parte del imaginario colectivo un discurso que se edifica sobre los pilares de la indefinición y la imposibilidad, a los que hay que añadir otro que resulta bastante recurrente: la dejación de responsabilidades por parte de las plataformas-2-, que según la percepción general de los y las jóvenes, no harían demasiado por controlar los discursos de odio que tienen lugar en sus “dominios”. El caso es que, al tiempo que se instala esa expectativa entre usuarios y usuarias de redes sociales, la Unión Europea apunta recientemente resultados positivos en ese sentido: las plataformas evaluaron (en el plazo de 24 horas), el 90% del contenido marcado como de odio, mientras que sólo evaluaban el 40% de los contenidos en 2016; el 71% del contenido considerado como discurso de odio ilegal se eliminó en 2020 (por un 28% en 2016); las plataformas respondieron al 67,1% de las notificaciones recibidas, porcentaje dos puntos superior al registrado en el ejercicio de monitoreo anterior (sin embargo, también se apunta que sólo Facebook informa a los usuarios sistemáticamente, y todas las otras plataformas tienen que hacer mejoras en este sentido). Además, el informe concluye que la tasa de eliminación media, similar a la registrada en las evaluaciones anteriores, muestra que las plataformas continúan respetando la libertad de expresión y evitan eliminar contenido que no califican como discurso de odio ilegal; también que las plataformas necesitan mejorar aún más la transparencia y la respuesta a los usuarios/as-3-. En cualquier caso, datos y apuntes claramente positivos, que contrastan con un discurso general entre los y las jóvenes mucho más incrédulo y negativo, que resulta interesante por cómo alimenta la percepción general de encontrarnos ante un fenómeno inevitable. Aprovechando este clima general, que pone el foco de atención en la inacción o ausencia de los Estados y las instituciones, muchas empresas privadas se erigen como abanderadas del interés común, y de la salvaguarda de un clima de tolerancia y respeto en la comunicación online. Así se ha puesto de manifiesto recientemente cuando varias multinacionales se han aliado para dejar de ofrecer publicidad en Facebook, ante lo que consideran es su pasividad a la hora de atajar discursos de odio entre sus usuarios y usuarias. - 4- A menor escala, empresas privadas se alían con instituciones públicas y universidades para la creación de nuevos proyectos de monitorización de los discursos de odio. -5- Iniciativas interesantes, pero que dejan al descubierto todas las lagunas por cubrir, que se suman a la percepción general de internet como una “ciudad sin ley”, donde la responsabilidad última recae en la autorregulación de sus usuarios y usuarias, que aceptarían ese peso sobre sus hombros (¿tienen otra opción?) a cambio de poder disfrutar de todas las ventajas de la autogestión, y de todas las oportunidades que internet pone a su alcance. El debate sobre el control se complejiza cuando se mezcla (parece inevitable) con el de la libertad de expresión. Partiendo de una regulación que se entiende confusa, las dificultades para establecer normas universales pueden provocar que lo que en algunos países o circunstancias se entiende como una vara de medir justa, en otros u otras circunstancias se considera un exceso de celo, cuando no una censura intolerable. Si a ello unimos un clima social en el que conviven discursos que hablan del exceso de libertad (“libertinaje”), con otros que critican la obsesión por la

“corrección política” y algunos que apuntan a una tendencia social al “buenismo” (visión despectiva que considera que se sobrereactúa sobre determinados valores teóricamente deseables y bienintencionados, pero escasamente operativos), tenemos un complejo escenario de análisis. En cualquier caso, desde la asunción de que el uso de internet y redes sociales tiene más ventajas que desventajas, por lo general se acepta que por las rendijas de la libertad de expresión se cuelan las malas intenciones de algunos usuarios y usuarias, y que asumir esa circunstancia y esas ventajas puede llevar incluso a defender la libertad de expresión de quien insulta. En un contexto en el que resulta complicado asumir restricciones y concesiones en el uso de internet, precisamente cuando la red encarna la libertad de la autogestión, la comunicación y la internet es vista como una “ciudad sin ley” donde la responsabilidad última recae en la autorregulación de usuarios y usuarias información, se producen demandas paradójicas, como la que incide en la necesidad de que existan personas que moderen, controlen y censuren los contenidos inapropiados, precisamente cuando uno de los aspectos esenciales del éxito de esas redes sociales es la percepción de que son plataformas libres, autogestionadas y en las que pueden participar de forma absolutamente autónoma y sin injerencias. Más sintomático aún resultan las recurrentes propuestas en el sentido de poder controlar las cuentas y perfiles personales, incluso rastreando y asociando la dirección IP de los usuarios y usuarias, para con ello poder sancionar y eliminar a quien emita discursos de odio. Cuestión que supone concesiones de privacidad que, o pierde de vista las concesiones propias que implica, o asume el precio a pagar por poder seguir disfrutando de otras muchas ventajas (como ocurre con muchas de las concesiones o desventajas que se asocian al uso de internet). Por otro lado, podríamos estar ante una perspectiva ampliada y moldeable de la privacidad, en la línea de lo que anteriores estudios se definía como “intimidad ampliada” (Megías y Rodríguez, 2014, 2018), en el sentido de que es flexible, modulable, y se define grupalmente, de tal modo que las concesiones generales redundan en beneficios particulares por el aprovechamiento del resto de oportunidades y posibilidades. La percepción de internet como un mar de aguas revueltas sería aprovechada por quienes generan y reproducen discursos de odio en la red. Desde fuera, algunas observaciones de los y las jóvenes sobre el perfil de esas personas que emiten odio, presuponen una serie de características particulares (ignorancia, falta de empatía, problemas personales o psicológicos...), desde las cuales se puede correr el riesgo de difuminar o pasar por alto el dolo, o perder de vista la organización del odio grupal. En este sentido, cabe señalar que en las entrevistas realizadas se omite más la identidad colectiva del odio, mientras en los grupos sí se observa más esa identidad. De hecho, a pesar de que hater es la etiqueta que se emplea en las entrevistas realizadas durante la escucha activa en redes sociales, es interesante cómo los grupos analizan las figuras de los haters y los trols, a los que alejan un tanto de los discursos de odio, desde lo que entienden es un contenido más irónico y humorístico, menos planificado, y que no buscaría tanto atentar contra valores y derechos esenciales de la persona destinataria, como generar un impacto en quienes son espectadoras y espectadores, que redunde en agrandar su propia repercusión en redes sociales. En cualquier caso, el discurso general incide en la idea de que la persona que genera odio, de mayor o menor intensidad, lo hace porque su identidad corresponde con ello, y eso es así tanto online como offline. Y a pesar de ello, y de que en las entrevistas se señala que nadie se comporta como hater, sino que es hater, algunos argumentos señalan que toda persona que participa en internet y redes sociales puede llegar a ser emisora de odio, por formar parte de la cadena que hace circular determinados contenidos. Esta concepción fluida, que dificulta la diferenciación entre víctima y victimario, quizás pasa por alto las posiciones de mayor vulnerabilidad, de personas que pertenecen a colectivos que sufren y han sufrido históricamente algún tipo de opresión o discriminación, y

se encuentran en situación de vulnerabilidad tipificada. Y se pierden también de vista intenciones dolosas, que reproducen sistemas de poder y discriminatorios, que hacen que unas personas reciban odio en mayor medida que otras. Lo cierto es que en los grupos las circunstancias de mayor vulnerabilidad se observan de forma bastante clara, siendo precisamente el papel de las víctimas el que parece más evidente a la hora de hablar de discursos de odio en la red. Se entiende que a mayor vulnerabilidad menos explícito debe ser el discurso de odio para ser considerado como tal, ya que hace resonar la violencia institucional y la desigualdad y discriminación normalizada. Por eso afirma que toda persona que participa en internet y redes sociales puede llegar a ser emisora de odio, por formar parte de la cadena que hace circular determinados contenidos otro lado, si la vulnerabilidad es menor, el odio se analizará fundamentalmente vinculado a la amenaza y el acoso. Cuando se señala que la persona que emite odio es porque posee una identidad hater tanto online como offline, no se pasa por alto que internet ofrece elementos que facilitan canalizar ese odio, como el anonimato. De igual manera, es generalizada la exposición de otras características que hacen que el contexto online propicie discursos de este tipo: su capacidad para constituirse en altavoz (se puede alcanzar mucha repercusión invirtiendo muy poco esfuerzo); la tendencia a hacer las veces de una cámara de eco de lo propio (que refuerza el establecimiento de distancias difícilmente salvables entre “lo propio” y “lo ajeno”); la canalización de un ruido informativo que puede dificultar acceder a la verdad o la realidad (estando la proliferación de bulos y noticias falsas en el germen de muchos discursos de odio); la asunción de que la velocidad (“todo ya”) y la obsolescencia (“lo de hace un rato ya no vale”) son características propias del progreso tecnológico, a costa de dificultar la reflexión, la asimilación y el pensamiento crítico respecto a muchos de los contenidos que circulan por internet. Una de las claves de la existencia de discursos de odio en la red es la deshumanización y la despersonalización, tanto de las víctimas como de los propios mensajes. Que las víctimas no tengan rostro propicia una distancia afectiva y emocional, que redunde también en cierta sensación de irrealidad, para quien es testigo de ese odio, pero también para el propio emisor. Y el mecanismo actúa en ambas direcciones, de tal modo que, al asumir el anonimato, quien emite odio deshumaniza su parte social, al tiempo que deshumaniza a la persona que recibe el odio despersonalizándola, para así canalizar ese odio. El proceso por el cual se deshumaniza a quien se insulta, procura reforzar (más bien forzar) la diferenciación clara entre los espacios online y offline, en un ejercicio que resulta contrario a lo que el discurso general en torno a la comunicación mediada por las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) asume sobre la complementariedad entre ambos: espacios complementarios, integrados, en los que una misma personalidad e identidad se puede mostrar o canalizar de formas distintas en base a las claves de comunicación de cada contexto, pero que muestran partes igualmente esenciales de la comunicación humana (Megías y Rodríguez, 2014, 2018).

Al romper con la integración entre lo online y lo offline, los discursos de odio se instalan en el teórico plano de la irrealidad, terreno peligroso y dañino por cuanto invisibiliza a las víctimas. En este proceso puede desaparecer la capacidad de empatía por parte de quienes observan ese odio, y el temor y la preocupación sólo existirán ante la posibilidad de que el odio traspase el espacio virtual hasta el físico, algo que se entiende improbable desde el momento en que se rompe esa conexión entre lo online y lo offline. Esa deshumanización también marca diferencias relevantes a la hora de abordar situaciones de odio, y observar de qué manera se puede apoyar a las víctimas: mientras el ataque es cualitativo, y se percibe a través de palabras y comentarios, el apoyo suele quedar reflejado a través de opciones cuantitativas (botones de like o “me gusta”, retuits, etc.). Tal circunstancia provoca que los discursos de odio sean más

palpables, lleguen más y generen un mayor impacto, sobre todo cuando los mecanismos de prevención, apoyo y defensa de las víctimas aún son débiles. Mientras tanto, la capacidad de viralización rompe la esfera de lo privado, amplifica el odio (lo dota de un sentido que no tendría en el círculo privado), y genera consecuencias indirectas: condiciona el ambiente de la comunicación, perpetúa desequilibrios de poder, puede dar lugar a la contención y la autocensura como medio para evitar el odio, y genera cambios en la manera de usar las redes sociales. En este sentido, la configuración de perfiles y su adaptación al romper la integración entre lo online y lo offline, los discursos de odio se instalan en el teórico plano de la irrealidad, terreno peligroso y dañino porque invisibiliza a las víctimas al contexto se puede ver condicionada por la presencia de odio en la red, desde el momento en que el self-online se va moldeando a partir de las experiencias en ese espacio, entre las que también se incluyen los discursos de odio (sufridos, observados...), de tal manera que la gestión a la carta de la identidad online puede romper con el self-físico.

En definitiva, consecuencias que transgreden y condicionan la integración entre lo online y lo offline, precisamente cuando desde el origen de los discursos de odio, y desde su asimilación y normalización, se dinamita esa integración. Además de la deshumanización, el otro elemento que resulta clave en relación al peligro de los discursos de odio es la normalización de los mismos. Por un lado, asumiendo que forman parte de las contrapartidas o del peaje que hay que pagar por disfrutar libremente de todas las ventajas que supone usar internet y participar en redes sociales. Acostumbrarse a cierta carga de odio y a la presencia de haters y trolls, no sólo desde la asunción de que forma parte de unas reglas del juego conocidas por cualquiera que participa de las dinámicas online, sino también como forma de defensa o resistencia personal, a pesar de que se hable de ello en términos que apuntan a la incompreensión o incluso a la incapacidad de gestión. Por otro lado, participando (muchas veces de forma inconsciente), de las dinámicas que tienden a consolidar estereotipos, lenguaje discriminatorio, o siendo un eslabón de la cadena que transmite bulos, medias verdades, sospechas infundadas, cuando no insultos velados. Odio de baja intensidad o de perfil bajo, que pasa oculto, pero que resulta tremendamente peligroso por cuanto "normaliza" o hace habitual un clima que perpetúa situaciones de marginación o exclusión, que aprovechan las personas que conscientemente quieren hacer daño. otro peligro clave en relación a los discursos de odio es la normalización que contribuye a su perpetuación. A todo esto, hay que añadir que el elemento emocional provoca que en ocasiones se confundan mensajes de odio con adscripciones ideológicas o con la expresión de ideas políticas. Por no hablar de la legitimación de mensajes de odio en la red por parte de personajes públicos, referentes culturales, dirigentes políticos, altos cargos, figuras de poder, o incluso líderes mundiales. Odio institucionalizado que contribuye a esa normalización de un lenguaje ofensivo, discriminatorio, intolerante. El clima general y la habituación a determinados contenidos propicia que muchas situaciones de odio, y sobre todo muchas víctimas, resulten invisibilizadas. Personas que son objeto u objetivo de odio y se sienten desprotegidas, que se enfrentan a un tremendo choque emocional, que incluso provoca que lleguen a cuestionarse algunos principios, o sientan vergüenza. Y ello provoca que decidan no exponerse más, ocultarse, quedarse al margen de las dinámicas que han provocado esa situación, precisamente cuando la huella del odio queda ahí (salvo sentencia o actuación por parte de las plataformas), en un espacio del cual esas personas han sido expulsadas.

La circunstancia que remarca la injusticia queda patente cuando se proyecta la presunción de inocencia sobre la víctima. Es decir, que, en ocasiones, la víctima se ve en la tesitura de tener que justificar su comportamiento en las redes, casi como prueba de que sabe desenvolverse en

ellas. Por un lado, porque se puede presuponer que su desconocimiento de las claves de la comunicación online puede provocar un exceso de exposición, o una actitud inadecuada, que sitúe a la persona en terreno peligroso y propiciatorio. Por otro lado, porque en ocasiones se atribuye una debilidad que facilitaría no saber o poder aceptar el peaje de participar en redes sociales, desde esa perspectiva normalizadora de cierta carga de odio en internet. Por simplificar la perspectiva: “si no sabes usar las redes sociales y no estás preparado/a para aguantar las contrapartidas, para qué te metes.” Evidentemente, tal perspectiva resulta tremendamente perversa. Pero es que, además, pasa por alto que existen situaciones de partida más vulnerables que otras, y colectivos que sufren mucha mayor discriminación e intolerancia que otros. En el ejercicio de dar visibilidad a esos colectivos se puede apuntar cierta paradoja: al tiempo que no encuadrar a la víctima en el colectivo por el cual es objeto de odio puede hacer que quede en situación de mucha mayor desprotección, también puede ocurrir que centrar la perspectiva exclusivamente en el colectivo despersonalice a sus integrantes (no poner rostro a la víctima), en esa tendencia a la deshumanización que resulta tan peligrosa. El riesgo de que esto ocurra será mayor si los propios colectivos vulnerables son los únicos que se ocupan de la prevención, monitorización y defensa de los casos que les afectan (algo que no es nada infrecuente). Y en base a esta circunstancia esos colectivos emiten una demanda muy razonable, para que el odio institucionalizado sea contestado por una prevención y una tutela también institucionalizadas, de una administración y un sistema educativo que vele por todas las situaciones de vulnerabilidad por igual, asentando el discurso de que cuidar de los derechos humanos es responsabilidad de todo el mundo, se vea personalmente afectado o no por determinadas desigualdades o injusticias-6-.

Otra paradoja reseñable tiene lugar en relación al anonimato, un elemento al que se otorga mucha relevancia desde los discursos. Y es que mientras se señala de forma reiterada que el anonimato es el elemento esencial y parapeto desde el cual se emite y canaliza el odio, lo cierto es que en la práctica suele ser algo que buscan las víctimas, casi más que los agresores (al menos, de igual forma). Desde esa perspectiva por la que parece que se invierte la carga de la prueba, pasar al anonimato resulta ser muchas veces el refugio de víctimas de odio que no quieren enfrentarse más al choque emocional que suponen situaciones como las que vivieron, y que no sienten los apoyos necesarios para contrarrestar esa situación. Mientras tanto, la institucionalización del odio provoca que cada vez se escondan menos muchas personas que emplean lenguaje y argumentos claramente discriminatorios y ofensivos. De forma paralela, el anonimato también puede servir como coartada para los espectadores o espectadoras de situaciones de odio en la red; o puede ser la respuesta para quienes experimentan empatía y sufrimiento por la angustia de otras personas, y prefieran retirarse de las redes sociales. En definitiva, anonimato muchas veces más como respuesta que como causa. A partir de todos estos elementos señalados, existirán diversas estrategias de afrontamiento de las situaciones de odio en la red, atendiendo sobre todo a quienes son espectadores y espectadoras de tales situaciones. Por un lado, las actitudes más pasivas basan su actitud en esa perspectiva de que el odio es parte de internet (y hay que saber el anonimato, además de ser un parapeto para la emisión de mensajes de odio, en ocasiones se convierte en refugio para las víctimas y en coartada para espectadores y espectadoras convivir con él), en que actuar no sirve de nada (porque los mecanismos de denuncia y seguimiento son ineficientes), y en establecer una distancia emocional que impide la identificación: “si no lo miro, no existe”; “si no me afecta, no existe”; “si no está pasando ahora mismo, no existe” (odio que caduca, frente a la inmediatez que caracteriza a la comunicación mediada por la tecnología). Por otro lado, las actitudes proactivas básicas limitan su capacidad de actuación a la denuncia y el bloqueo de las personas

que se comportan en la red desde el odio. Ejercicio que en muchas ocasiones se reconoce que se realiza casi mecánicamente, como consecuencia de la escasa confianza que tienen en su resultado: porque la regulación es vaga, porque algunos mecanismos de denuncia no parecen estar al alcance de cualquiera, porque se asume que son actitudes que evitan que tú veas el odio, pero no acaban con él, e incluso porque en ocasiones se entiende que implican autocensura (cuando las ganas son de “entrar al trapo”).

Desde el activismo se da un paso más allá, reforzando una perspectiva que incide en la necesidad de generar una fuerza colectiva a partir de la asunción de responsabilidades individuales, de normalizar la intervención sobre todos los casos que lo requieran (frente a la sensación de ingobernabilidad que se extiende en la red), y de reforzar la prevención y la reivindicación. Apuesta por generar redes de apoyo e identidad que mitiguen el impacto del odio, y hacer partícipes a las comunidades vulnerables de los procesos de los que son protagonistas. De la mano de esas posturas más activistas se articulan y enuncian necesarias propuestas pedagógicas, fundamentalmente en torno a varios pilares esenciales:

- Neutralizar los elementos que sustentan el odio con otros, como el pensamiento crítico, el manejo del conflicto, la gestión de la libertad, la frustración y la diferencia, la posibilidad de equivocarse y el derecho a rectificar, y el manejo en general de las emociones y la autoestima.

- Establecer las bases de una educación sentimental tecnológica, de manera que “saber usar” internet y las redes sociales trascienda la operativa, y el enfoque de la educación y la formación tecnológica no recaiga sólo en cuestiones como la privacidad, la ciberseguridad o la adicción; y hacerlo de manera transversal y de la mano de la educación en valores y de la gestión de las emociones.

- Propiciar un discurso no reactivo, apoyado sobre mensajes horizontales y la acción mediadora dentro del grupo de pares: si adolescentes y jóvenes no perciben encarnar un papel protagonista que sienten como propio y legítimo, sospecharán de cualquier proceso de prevención y educación que los señale como afectados.

- Apostar por narrativas en primera persona, que visibilicen las consecuencias personales del odio.

- Hacer hincapié en la capacidad individual para romper con las cadenas de odio oculto y normalizado, y en la necesidad de asumir tal responsabilidad en los círculos de proximidad, ante el acomodamiento en la mayoría silenciosa: frente al odio de baja intensidad, generar conciencia y apoyo de alta densidad.

Claro que, señalar la necesidad de que cada cual asuma su responsabilidad en las cadenas de odio y de que existan respuestas a nivel micro, no debe ocultar la necesidad de que se genere un marco institucional que proteja las situaciones de vulnerabilidad, y de que se institucionalicen las respuestas antes los desafíos del odio, que actualmente parecen recaer sobre los hombros del tercer sector, cuando no de los propios usuarios y usuarias. Finalmente, cabe destacar que, de igual forma que se constituye en terreno propicio para los discursos de odio, internet también debe ser observado y considerado como espacio de transformación, entre otras cosas para combatir ese odio. Espacio donde tienen cabida nuevos movimientos que velan por la igualdad, la no discriminación y la denuncia-7- , y que puede facilitar y canalizar, como ningún otro, las respuestas necesarias.

NOTAS

1-Recordemos, según la Comisión Europea contra el Racismo y la Intolerancia (ECRI): “fomento, promoción o instigación, en cualquiera de sus formas, del odio, la humillación o el menosprecio de una persona o grupo de personas, así como el acoso, descrédito, difusión de estereotipos negativos, estigmatización o amenaza con respecto a dicha persona o grupo de personas y la justificación de esas manifestaciones por razones de ‘raza’, color, ascendencia, origen nacional o étnico, edad, discapacidad, lengua, religión o creencias, sexo, género, identidad de género, orientación sexual y otras características o condición personales.”

2-En el momento de concluir este informe algunos medios de comunicación se hicieron eco de las declaraciones de personas que habían trabajado en grandes compañías tecnológicas, y denunciaban la dejación o la incapacidad de algunas plataformas a la hora de atajar discursos de odio y bulos que, posteriormente, se había demostrado que habían tenido consecuencias graves en algunas partes del mundo, o para algunos colectivos o personas concretas.https://www.eldiario.es/tecnologia/informe-interno-facebook-cita-espana-alerta-equipos-sobrepasados-casos-manipulacion_1_6222295.htm

3- Comisión Europea (2020). Countering illegal hate speech online. 5th evaluation of the Code of Conduct. Factsheet June2020.

https://ec.europa.eu/info/sites/info/files/codeofconduct_2020_factsheet_12.pdf

4- https://www.eldiario.es/opinion/tribuna-abierta/boicot-facebook-grandes-empresasencargan-sanear-red_129_6109361.html; <https://elpais.com/tecnologia/2020-06-29/elboicot-de-grandes-anunciantes-contra-facebook-sigue-creciendo-pese-a-la-reaccionde-zuckerberg.html>; <https://www.20minutos.es/noticia/4308234/0/starbucks-coca-cola100-empresas-retiran-publicidad-facebook-no-fenar-discursos-odio/>

5- Observatorio de los Contenidos Audiovisuales (OCA). Proyecto Stop Hate. Desarrollo y Evaluación de un detector del discurso de odio en línea en español.

<http://www.ocal.es/investigacion/proyectos/desarrollo-y-evaluacion-de-un-detector-del-discurso-deodio-en-linea-en-espanol/proyecto-stop-hate/>

6- En este sentido, resulta muy interesante la reflexión del artista Chenta Tsai Tseng (conocido como putochinomaricón, icono en internet y redes sociales, entre otras cosas, por la manera en que encaró los discursos de odio de los que ha sido objeto durante buena parte de su vida), que apunta que “las personas no hegemónicas no somos responsables de las pedagogías de los demás”. Además de estas cuestiones, en una entrevista realizada por Pilar Nicolás para el blog del CRS, Tsai Tseng aborda la necesidad de valorar quién determina y controla qué es o no discurso de odio (y la responsabilidad de las plataformas en ello), o la manera en que la rabia de la víctima puede ser gestionada desde el silencio, en un proceso de invisibilización como el señalado en el informe. La entrevista completa se puede leer aquí:

<https://www.adolescenciayjuventud.org/putochinomaricon-discurso-de-odio-y-juventud/>

Megías, I. (coord.); Amezaga, A.; García, M.C.; Kuric, S.; Morado, R. y Orgaz, C. (2020). Romper cadenas de odio, tejer redes de apoyo: los y las jóvenes ante los discursos de odio en la red. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, Fad.

DOI: [10.5281/zenodo.4288486](https://doi.org/10.5281/zenodo.4288486)